

Pensar *El Lanús*, pensar la Argentina

*Sergio E. Visacovsky **

Quienes alguna vez hayan transitado por las monografías etnográficas llamadas “clásicas” –aquellas escritas durante los primeros cincuenta años del siglo pasado¹– recordarán que, generalmente, sus interlocutores principales estaban constituidos por la propia comunidad científica a la que pertenecía el investigador. Las cosmovisiones de las sociedades tribales estudiadas por la antropología emergida del mundo geopolítico colonial eran respetadas como expresiones de una lógica particular, aunque desde el vamos se descontaba que no podían competir en un pie de igualdad con las explicaciones proporcionadas por el antropólogo en tanto científico; en otras palabras, no era siquiera posible conceder crédito alguno a las interpretaciones que los nativos pudiesen realizar de sus propias sociedades.

Como autor de un estudio sobre profesionales e intelectuales, psiquiatras, psicólogos y psicoanalistas, localizada a fines del siglo XX y principios del XXI, me encuentro en una situación bien distinta. Como ha venido sucediendo con la antropología desde los tiempos de la descolonización y el comienzo de las investigaciones

* Doctor en Antropología (Universidad de Utrecht, Países Bajos, 2001). Profesor del Departamento de Ciencias Antropológicas (Universidad de Buenos Aires), de la Maestría en Antropología Social (Instituto de Desarrollo Económico y Social/Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad de General San Martín), y del Programa de Posgraduación en Antropología Social (Universidad Nacional de Misiones).

¹ Me refiero a textos tales como “Los Argonautas del Pacífico Occidental”, de Bronislaw Malinowsky (1922), “Los Nuer” y “Brujería, magia y oráculos entre los Azande”, de Edward E. Evans Pritchard (1940 y 1937), “Nosotros los Tikopia”, de Raymond Firth (1936), “Adolescencia, sexo y cultura en Samoa”, de Margaret Mead (1928) o “Naven”, de Gregory Bateson (1936).

realizadas por investigadores nativos que trabajaban en sus propios contextos sociales y culturales, mi investigación no consistió en hacer comprensible un modo de vida extraño a una audiencia occidental integrada por intelectuales/profesionales que poseen el patrimonio del saber legítimo, *sino de transformar en extraño el saber de intelectuales/profesionales, objeto y audiencia a la vez de la investigación*. Esta operación no puede sino traer aparejadas consecuencias significativas respecto al conocimiento que producimos, y al lugar epistemológico y social en que nos ubicamos en tanto investigadores.

Los antropólogos adoptamos una extraña actitud frente a las prácticas e interpretaciones de los grupos que estudiamos. Por un lado, nos vemos necesitados de conocerlos empíricamente en sus aspectos más singulares, y en cierto modo nos transformamos en especialistas al atribuirnos un conocimiento experto respecto a determinadas instituciones, conjuntos y regiones. Sin embargo, resulta menos conocido —y, por ende, menos demandado— que los temas empíricos y particulares que abordamos constituyen *pretextos* para responder preguntas de otro orden. Pretextos no porque los temas particulares sean meras coartadas sino, muy por el contrario, porque representan caminos necesarios, obligatorios, para la solución de problemas profundos, constitutivos de la antropología. Así como en su momento vía los melanesios se discutieron los estándares universales de la racionalidad económica, o vía los Nuer del Sudán los fundamentos del orden político, también el psicoanálisis, la psiquiatría y la psicología en Buenos Aires y la Argentina han sido tratados por mí como vías de acceso a otra clase de problemas disciplinarios. La paradoja reside en que estos problemas sólo pueden estudiarse *conjuntamente con* —y no a pesar de— las especificidades de los grupos que estudiamos, pues los antropólogos producimos nuestro conocimiento a partir de establecer una relación problemática entre las categorías particulares que descubrimos llevando a cabo los trabajos de campo —sobre el tiempo y el espacio, sobre las personas comunes y los seres sobrenaturales, sobre el parentesco y la familia, sobre la sexualidad y la muerte—, y aquellas pertenecientes al sentido común o la ciencia occidentales, y fundadas en pretensiones universalistas. En este encuentro difícil, aspiramos a producir nociones más universales, basadas en la compleja relación entre las diversas expresiones socioculturales (Peirano, 1995).

Ahora bien, la preocupación por si existen estándares universales

de la racionalidad económica, por caso, es una materia que atañe a economistas y antropólogos, pero en absoluto –al menos, no en 1914– a los melanesios. Sus preocupaciones por el tipo de conocimiento que sobre ellos ha producido el antropólogo pueden ser –de seguro lo han sido– muy diferentes, y está muy bien que así sea. ¿Cómo podría ser de otro modo? Desde este punto de vista, ellos podrían juzgar la producción del antropólogo como acertada o errada, es decir, podrían evaluarla en términos de sus propios esquemas de apreciación. Esta situación, inconcebible cincuenta o sesenta años atrás, *es hoy una condición necesaria de toda investigación antropológica, ya que tarde o temprano el grupo estudiado se transformará en una audiencia o público de lectores.*²

Con este preámbulo quiero decir que mi libro *El Lanús* (Visacovsky, 2001) es un estudio antropológico, y que, como tal, está atrapado en este modo paradójico mediante el cual los antropólogos tratamos de entender la realidad humana, el cual presupone las experiencias, perspectivas y evaluaciones preexistentes y posteriores al desarrollo de la investigación, desde sus etapas iniciales hasta su transformación en textos públicos. Estas experiencias, perspectivas y evaluaciones son tanto los puntos de partida que nos conducirán –me condujeron– al análisis de los señalados problemas disciplinares, como el destino más que probable que tendrán –han tenido– los resultados. No obstante, es indispensable distinguir mi proyecto, a partir del cual *El Lanús* se constituyó en un pretexto para estudiar *las relaciones entre memoria social, política, psiquiatría y psicoanálisis en la Argentina*, de la diversidad de experiencias, perspectivas y evaluaciones sobre *El Lanús* que existieron y existirán con independencia de mi proyecto.

El Lanús ha existido –antes que nada, y desde hace mucho tiempo– como una serie de relatos diversos basados en una serie de experiencias sobre las prácticas llevadas a cabo por diferentes generaciones de profesionales autodefinidos como “médicos”, “psiquiatras”, “psicoanalistas” o “psicólogos”, en un servicio hospitalario a veces denominado “de Psiquiatría”, “de Psicopatología y Neurología” o “Salud Mental”. *El Lanús* ha sido el término emplea-

² Esto incluye desde las propias demandas de los grupos por conocer los resultados de las investigaciones, las diversas formas de transferencia que éticamente se imponen los investigadores, hasta los diferentes medios a través de los cuales los resultados son difundidos y recepcionados por los grupos implicados en las investigaciones.

do para designar al Servicio y no al hospital al que pertenecía, pues refería metonímicamente a la zona geográfica en la que ha estado ubicado, el partido de Lanús, en el sur del Gran Buenos Aires; siempre había sido empleado como una denominación consuetudinaria, distinta a los nombres reconocidos por el estado para designar al hospital, y sujetas a las oscilaciones políticas: Policlínico “Dr. Gregorio Aráoz Alfaro” entre 1956-1973 y 1976-1987; o, en otras circunstancias –como en la actualidad– el Hospital Interzonal de Agudos “Evita”, entre 1952-1955, 1973-1976 y 1987 al presente. Además de su existencia en la forma de recuerdos individuales, *el Lanús* se ha convertido, especialmente desde 1983 en adelante, en una presencia frecuente, sea en testimonios, homenajes, placas recordatorias, relatos de experiencia, actos conmemorativos, referencias expertas en textos, clases y eventos profesionales, los cuales han estado frecuentemente entrelazados con su fundador en 1956 y jefe hasta 1972, el Doctor Mauricio Goldenberg. Precisamente, restaurada la democracia en 1983, las experiencias sobre *El Lanús* cobraron inusitada actualidad, y Goldenberg y muchos de quienes habían sido sus discípulos y más estrechos colaboradores pasaron a ocupar cargos importantes en el área de salud mental en el gobierno nacional y en el de la por entonces Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires (hoy, ciudad autónoma): los planes, explícita o implícitamente, invocaban al *Lanús* como el modelo inspirador de las urgentes reformas que el área demandaba en el plano de la organización institucional, asistencial y terapéutica. A menudo, *el Lanús* y Goldenberg eran objeto de artículos periodísticos en secciones especializadas o columnas de opinión. En todas estas instancias, *el Lanús* era invocado como una “ideología” dentro de la salud mental en Argentina, que se presentaba como la antítesis de lo manicomial, a la vez que ponderaba ciertos valores que operaban simultáneamente en los campos psiquiátrico y político, ya que asociaban lo represivo y autoritario del manicomio con los regímenes dictatoriales –particularmente, con la última dictadura militar (1976-1983)³–,

³ Como lo ha señalado Robben, “el régimen militar de la Argentina entre 1976 y 1983 ha sido descrito con una serie confusa de nombres, cada uno de los cuales deja traslucir diferentes causas, condiciones y consecuencias imputadas. Los militares han usado términos tales como guerra sucia, guerra anti-revolucionaria, lucha contra la subversión, y Proceso de Reorganización Nacional. Los grupos de Derechos Humanos hablan de terrorismo de estado, represión y dictadura militar. Las ex organizaciones revolucionarias emplean términos usados por los

diferenciándolo de la democracia, el pluralismo y el humanismo propios del *Lanús* y el nuevo régimen político en la Argentina desde 1983.

Pero, además, quienes sustentaban estos valores –en su gran mayoría, aunque no necesariamente, ex profesionales del servicio– consideraban que su paso por la institución –hubiese sido de diez años o de diez meses– había constituido un hito insoslayable no sólo de sus carreras profesionales, sino de todas sus vidas. Haber estado en *el Lanús* les había dejado impresa una “marca” o una “huella” imaginaria, que les había permitido formar parte de un grupo mayor. Y para reafirmar su pertenencia, al modo de la adscripción incondicional a un club de fútbol, sostenían llevar puesta una “camiseta” imaginaria, la “camiseta del *Lanús*”. Esta *trascendencia* del *Lanús* implicaba a la vez una peculiar relación con Goldenberg, convertido él mismo en un símbolo, que permitía a algunos preguntarse “¿quién es metáfora de quién?” (Barenblit & Korman, 1992:14). En Goldenberg se ha reconocido su autoridad como “jefe” eterno del *Lanús*; al “líder carismático”, mediador de conflictos, con la capacidad para amalgamar las posturas más contrapuestas; y el “maestro” formador de generaciones tanto en los aspectos profesionales como humanos. Desde 1956, el servicio se ubicó prontamente en un lugar significativo dentro del campo de la salud pública y la psiquiatría argentinas, al punto que diez años después la conducción del mismo podía escribir triunfalmente su breve historia, inscribiéndola en el contexto más amplio de los problemas del campo psiquiátrico y la salud pública en el país, inexorablemente atravesados por los procesos políticos (Goldenberg et al., 1966). Tras el golpe militar de 1976 y la irrupción del terrorismo de estado, el Servicio y su pasado alcanzaron el señalado carácter ejemplar, basado en auténticos

grupos de Derechos Humanos, pero también hablan de guerra civil, guerra de liberación y lucha anti-imperialista. Tanto en el caso de que la violencia de los años 1970 sea descripta con el término de guerra anti-revolucionaria, guerra civil o terrorismo de estado, resulta importante para estos grupos porque cada designación implica un juicio histórico y moral diferente que puede transformar patriotas en opresores, víctimas en ideólogos, y héroes en subversivos” (Robben 1999:139, mi traducción). En el libro *El Lanús* empleo preferentemente el término “Proceso de Reorganización Nacional”, entre comillas o más a menudo abreviado (PRN), para designar el modo nativo de autodefinition del gobierno militar asumido en 1976. Cuando aludo a las características de dicho régimen, no dudo en acudir a la noción *de terrorismo de estado*, pues entiendo que el mismo no sólo constituye un uso local sino que permite aprehender una realidad que trasciende las interpretaciones singulares.

logros y en un prestigio nacional e internacional obtenido desde los años 1960 merced a los notables avances terapéuticos e institucionales.⁴ De acuerdo al relato más conocido respecto al *Lanús*, su historia fue una auténtica *gesta*, que se inició en el humilde y pequeño servicio de un hospital en las afueras de la ciudad de Buenos Aires, y concluyó en la creación de una institución mayor y compleja emergida tras la lucha por desterrar los prejuicios de la medicina –con la que compartió el espacio hospitalario– y los pacientes respecto de la psiquiatría. Ese pasado brillante, legendario y heroico ha sido a menudo calificado como una “Edad de Oro”, que poseía un carácter emblemático, aleccionador para el presente, por lo cual constituía en palabras de los propios lanusinos –aquellos que han hecho un uso explícito y positivo del *Lanús* como identidad– un “mito”.

Entonces, la tarea de transformación del *Lanús* en un objeto de indagación antropológico debía afrontar el desafío que implicaba no sólo una *desacralización* de muchos de los relatos lanusinos, sino el hecho que los mismos podían constituirse en la lente a través de la cual mi lectura del *Lanús* fuese estimada. Cuando presentaba los propósitos de mi investigación ante cada entrevistado, a menudo insistía en que mi labor no estaba destinada al rescate del pasado, ni al homenaje, ni a escribir una historia, la historia hasta entonces nunca escrita del *Lanús*. Muchos lanusinos alentaron mi trabajo, con la esperanza de que el mismo concluyese haciendo justicia al *Lanús*: efectivamente, durante mi investigación se me atribuyó el papel de un “historiador”. Debo decir que, muy probablemente, el libro decepcionó a quienes esperaban con ansias dicha historia, en el sentido de reconstruir lo efectivamente sucedido en el pasado, y en un alto grado de fidedignidad y riqueza; encontrarán, como de hecho me lo han comunicado algunos, vacíos, momentos considerados significativos que no han sido incluidos, personajes valorados como relevantes pero, desafortunadamente, ausentes en el texto, e incluso muchos eventos con cuya interpretación estarán en abierto desacuerdo. Por otra parte, la audiencia está formada también por aquellas

⁴ Como la implementación de psicoterapias inspiradas en el psicoanálisis, el desarrollo de las terapias grupales y breves, la aplicación de los últimos descubrimientos psicofarmacológicos, la realización de fuertes programas de actualización profesional, la formación de postgrado en psiquiatría e investigación en diferentes áreas, y el desarrollo pionero en América Latina de modelos alternativos como el Hospital de Día y la psiquiatría comunitaria.

perspectivas de profesionales que alguna vez trabajaron en el servicio, pero que están en franca discrepancia con la lectura del *Lanús* épico, heroico; por lo tanto, el libro *El Lanús* participa indefectiblemente de una disputa por el sentido del *Lanús*, razón por la cual algunos podrán encontrarlo una desmitificación que minimiza o banaliza el pasado, y otros una mistificación que reproduce las ya existentes. Como señalé al comienzo, los antropólogos no podemos obviar las perspectivas de la gente, ya que nuestro estilo de producir conocimiento sólo es posible en interlocución con las mismas. Las controversias en torno al pasado del *Lanús*, las versiones épicas o heroicas y las críticas, las esperanzas de contar con la historia de una institución significativa y la índole de la misma no son ni meros datos, ni velos que ocultan la realidad: son voces que dan forma y sentido no sólo a las preguntas y respuestas del investigador, sino que instauran el contexto de recepción e interpretación de las mismas una vez que se tornan texto.

El Lanús, el libro, es en gran medida una historia en el sentido habitual; será sencillo encontrar periodizaciones, eventos dados como efectivamente acontecidos, cronologías y pruebas de facticidad. Los capítulos II al VI se suceden en una secuencia de temporalidad lineal dominante que jalona el origen del *Lanús* en 1956 (capítulo II); la etapa de formación y consolidación profesional entre 1956 y 1966 (capítulos III y IV); la radicalización política, entre 1966 y 1976 (capítulo V); y la represión y supervivencia en el régimen de terror durante la última dictadura militar entre 1976 a 1983 (capítulo VI). Empero, esta periodización es sólo un instrumento organizador, y no pretende consagrar una determinada versión del pasado. Sin embargo, estas operaciones están al servicio de otro sentido de “historia”, en el que las significaciones atribuidas por los protagonistas al pasado, los relatos del mismo en todas sus variantes, son antes que una molestia a despejar o un ideal por alcanzar, *un momento necesario del proceso social real*, una dimensión constitutiva, productiva y con efectos cuya incorporación y comprensión resultan inevitables. Mi versión del *Lanús* es, pues, una historia narrada mediante las historias sobre *El Lanús*, sobre sus consecuencias particulares, sobre sus condiciones de producción y apropiación. No una simple relativización del pasado como verdad, sino un intento de respuesta respecto al insistente divorcio entre las aproximaciones positivistas y unitarias frente a las relativistas y plurales de la historia (Sahlins, 1988; Trouillot, 1995). Todos los capítulos, sin excepción,

exponen el triple proceso de constitución histórica del *Lanús*, de sus interpretaciones y de sus reelaboraciones presentes. De tal modo, los relatos de origen del *Lanús*, que constituyen la base de lanzamiento del capítulo II, son productos de los años 1980 y 1990. También lo son las elaboraciones sobre la identidad psicoanalítica del *Lanús* que encabezan el capítulo III; los recuerdos ligados al espacio físico del Servicio o los trayectos cotidianos que unían la institución con otros puntos de la ciudad de Buenos Aires, que circulan por el capítulo IV; las remembranzas sobre la conformación y vicisitudes de la psiquiatría comunitaria como “Psiquiatría Social”, foco del capítulo V; finalmente, las justificaciones de los comportamientos durante la última dictadura militar, meollo del capítulo VI. Abro y cierro el libro con la exposición y análisis de la más grande conmemoración lanusina de todos los tiempos, llevada a cabo en 1992 en el Colegio Nacional de Buenos Aires para recordar el 35 aniversario de la fundación del servicio, pese a que al momento de efectuarse los años desde la creación sumaban 36. Hice de este acto el eje argumental de la obra, debido a que el mismo albergó durante los tres días en que transcurrió, conflictos abiertos y tensiones latentes. Mi intención fue mostrar la necesidad de combinar un análisis etnográfico y sincrónico de la conmemoración, con un análisis diacrónico en el que aquello recordado en 1992 fuese historizado, de modo tal que pudiese entenderse su proceso de constitución.

Es fácil concluir, entonces, que *El Lanús* se integra a una lista de trabajos en la Argentina que, en los últimos años, se han empeñado en estudiar el pasado nacional a través del modo en que el mismo es narrado por diferentes protagonistas. Frecuentemente, estos estudios son identificados como “estudios sobre la memoria social o colectiva”, y en su enorme mayoría están dirigidos a abordar la problemática de las experiencias, elaboraciones y efectos de la última dictadura militar por parte de quienes han sufrido el ejercicio de la violencia estatal. Si bien existen trabajos sobre “memoria” que abordan otras temáticas, la preeminencia que han alcanzado los mencionados obliga necesariamente a interrogarse por las razones que habrían establecido en la Argentina una íntima conexión entre memoria y dictadura. El libro *El Lanús* pretende ser una respuesta a este interrogante, que suministre a la vez un enfoque distinto para abordar las experiencias y elaboraciones sobre la última dictadura militar; en verdad, pretende ofrecer un punto de vista diferente y poco usual en la Argentina para estudiar la memoria social.

La dificultad que encuentro en los estudios autodefinidos como “de memoria” en la Argentina (y en general en el Cono Sur) radica en que no suelen diferenciar entre los usos analíticos y políticos de la memoria. A pesar de que son invocados a menudo estudios clásicos que hacen hincapié en el carácter construido y presente de la memoria colectiva,⁵ cuando son analizados los recuerdos específicos de actores particulares los mismos son presentados como el resultado de un impacto destructivo producido en el pasado, pero cuyos efectos y características en el presente permanecen inexplicados. En muchas ocasiones, las tareas de investigación son vistas como la prolongación del esfuerzo político por restituir la verdad sobre un pasado silenciado u olvidado, verdad identificada con una reparación en el terreno de la justicia.⁶ En mi estudio, puede advertirse una profunda semejanza entre esta concepción y las concepciones espontáneas de los lanusinos sobre su propio pasado, el institucional, algo que no es extraño, pues se trata de una parte del mundo intelectual y profesional que ha generado en buena medida los enfoques usuales sobre la memoria en la Argentina. Mi propósito es intervenir sobre este campo de estudios, y generar una aproximación distinta, capaz de interrogarse por la forma en que los relatos y prácticas sobre el pasado son producidos y empleados, siempre a los fines del presente. En particular, las experiencias sobre la última dictadura militar son estudiadas como si se hubiesen producido en un terreno cognitivo-cultural yermo, sin pasado; es decir, no son examinados los recursos culturales que operan como precondition para que experiencias y elaboraciones específicas—como las producidas a consecuencia de la acción de la última dictadura—se produjesen; estos recursos culturales son, precisamente, las interpretaciones del pasado de que disponen los conjuntos sociales, mediante los cuales las experiencias ulteriores son aprehendidas y dotadas de significación, exigiendo a la vez una intensa labor colectiva en procura de conseguir *interpre-*

⁵ Entre los más citados, tienen un lugar de privilegio las obras de Maurice Halbwachs, aunque rara vez su enfoque es empleado consecuentemente a los fines de la interpretación empírica.

⁶ Valga este ejemplo. En la gran conmemoración de 1992, eje analítico y argumental de mi trabajo, una gran parte de las ponencias escritas especialmente acudían a la noción de *memoria* como medio para describir el ejercicio explícito del recuerdo que se habían propuesto. Así, podía leerse títulos como “Memoria”, “Memoria histórica y salud mental”, “Algo para recordar”, “La pesadilla de la historia”, “Mis recuerdos”, “Tres recuerdos”, “Memorias de Lanús”, “Recuerdo sobre el trabajo y trabajo sobre los recuerdos”, “Palabras sobre el silencio”, entre muchos otros.

taciones del pasado colectivamente coherentes, en función de patrones públicos de admisibilidad.

Habitualmente, los estudios locales enfatizan los aspectos destructivos al enfocar las experiencias y elaboraciones en torno a la última dictadura militar en la Argentina; en el caso del *Lanús*, las expulsiones, secuestros, desapariciones, torturas, proscripciones y exilios de numerosos profesionales, facetas que no pueden ni deben ser obliteradas bajo ningún punto de vista. Mas también deben ingresar en la agenda de investigaciones aquellos aspectos que acostumbro definir como “productivos”, en razón de que han forjado nuevas formas de relación social y nuevos modos de interpretación, mediante el requerimiento de reelaboración de las interpretaciones pasadas. Durante sus primeros diez años de vida (1956-1966), el servicio quedó estrechamente vinculado a nociones como “democracia”, “tolerancia”, “pluralismo” y “humanismo”. Estas eran utilizadas explícitamente como modos de caracterización de la organización del servicio, de la naturaleza y calidad de las relaciones entre profesionales y pacientes, y de la convivencia (“en armonía”) de diferentes teorías y abordajes. En 1983, cuando Goldenberg—radicado por entonces desde hacía muchos años en Caracas, Venezuela—y un grupo importante de sus discípulos se sumó, como ya señalé, al gobierno radical para trabajar en el área de salud mental, *el Lanús* retornaba como un modelo “democrático”, “pluralista” y “humanista”, mas no sólo aplicable al dominio psiquiátrico sino, necesariamente también, al político. *El Lanús*, como los partidos políticos y las organizaciones proscriptas y perseguidas por la última dictadura, se alineaba en una genealogía democrática, opuesta al autoritarismo que había imperado entre 1976-1983, y en el que se había debatido la Argentina en forma oscilante desde 1930. No obstante, este acto no podía realizarse sino con enormes esfuerzos para explicar y explicarse cómo un modelo asociado *esencialmente* con la “democracia” podía tener su origen en un servicio hospitalario creado durante el gobierno de la autodenominada “Revolución Libertadora” (integrado por una amplia coalición cívico-militar que derrocara al gobierno de Juan Domingo Perón en 1955) que, desde el presente, era definido como “autoritario”, mas no en 1956. Al mismo tiempo, pretendo mostrar que las elaboraciones sobre la última dictadura militar adoptan un carácter heterogéneo y, a menudo, conflictivo para quienes se presentan como víctimas o sobrevivientes. El simple hecho de haberse quedado trabajando en el servicio luego de 1976

—tras el golpe de estado— y haber llegado en tal condición a los nuevos tiempos democráticos, fue asociado en los años 1980 y 1990 o con la vergüenza y el colaboracionismo, o con la resistencia y la continuidad, lo que ha permitido a algunos justificar la idea de que *El Lanús* ya nada tiene que ver con aquel espacio físico en el que reside el servicio hospitalario concreto, y a otros defender que el mismo nunca se fue de allí, pese a que muchos de sus habitantes actúen como lanusinos fueras de sus fronteras. Ahora bien, estos aspectos son relevantes no sólo por ser poco estudiados, sino porque participan de la definición de identidades colectivas con atributos que son empleados en el presente para legitimar posiciones en los respectivos campos de acción profesional e intelectual.

Mi aproximación no debe confundirse con una acostumbrada estrategia que han seguido los estudios argentinos sobre campos intelectuales y profesionales: el conectar los mismos con los procesos políticos nacionales. La relación que aquí planteo entre lo político y *el Lanús* no se debe identificar como el nexo entre un orden general que determina o se expresa en otro particular; en otros términos, estudiar al *Lanús* no constituyó un ardid para arribar, en definitiva, a la historia política argentina. Por el contrario, *el Lanús* representa un objeto significativo debido a que las diferentes generaciones de profesionales que trabajaron a lo largo de su historia *le otorgan a lo político un lugar interpretativo clave del pasado*. Esto incluye diferentes recursos, como la *despolitización* de categorías políticas (democracia, autoritarismo) al ser aplicadas a dominios no políticos, o la *politización* de estos últimos mediante el empleo de marcos de significación políticos. Este sentido que otorgo a la dinámica *politización/despolitización* no involucra, necesariamente, ni la ruptura de los límites de esferas no políticas, o el afianzamiento de las fronteras de la autonomía profesional, sino que designa el proceso de atribución y uso de sentidos colectivamente identificados como “políticos” o “no políticos”. Así, cuando algunos participantes del *Lanús* invocaron la existencia de tratamientos “democráticos” contra “autoritarios”, o “revolucionarios” contra “burgueses”, no implicaba forzosamente que hubiesen abandonado las reglas de consagración profesional. Por el contrario, ellos apelaban a lo político porque era, desde su perspectiva, el marco indiscutible a través del cual debían encontrar su sentido los pasados individuales, institucionales y disciplinarios. Y, por ende, proporcionaba una legitimidad adicional a la que provenía de las disputas por el poder

profesional centrado en el monopolio del conocimiento especializado. Ahora bien, aunque suene paradójico, no debe confundirse esta dinámica politización/despolitización, con el hecho cierto de que se trata de una auténtica *lógica de operación política*. Cambiar el nombre de un hospital de “Evita” (por Eva Perón, la segunda esposa de Juan Domingo Perón fallecida en 1952) a “Gregorio Aráoz Alfaro”⁷ *constituyó un acto de despolitización promovido por el poder político*, y con el propósito de incidir *políticamente* en la memoria colectiva. Así, *El Lanús* permite entender no sólo la relación de un dominio profesional e intelectual con un singular proceso político como el argentino, sino cómo los argentinos –al menos algunos– han hecho de lo político la clave interpretativa de la vida nacional.

Probablemente, muchos podrán preguntarse con total legitimidad si esta transformación antropológica del *Lanús* no diluye su especificidad, a saber: un momento significativo en el desarrollo del campo psiquiátrico y psicoanalítico argentino. En particular, ¿qué aporta de nuevo para el conocimiento de un ya viejo interrogante, el por qué de la extraordinaria difusión del psicoanálisis en la Argentina? Desde comienzos de los años 1980, *El Lanús* ha sido incluido como un eslabón importante en la historia del psicoanálisis en la Argentina, especialmente en lo tocante a sus relaciones con la psiquiatría, con los procesos de modernización del tratamiento psiquiátrico, con las reformas hospitalarias, con su presencia en el dominio público dirigido a sectores sociales que no acostumbran a demandarlo de modo espontáneo (Balán, 1991; Galende, 1994; Hornstein, 1983; Plotkin, 2003; Vezzetti, 1995). Desde mi punto de vista, estudiar *el Lanús* constituyó una excelente oportunidad para entender las formas singulares que adoptó el psicoanálisis en la Argentina en relación con contextos socio-históricos particulares; quiero decir que *el Lanús* permite escapar de la pregunta por el psicoanálisis en la Argentina, ya que la misma conduce indefectiblemente a explicaciones esencialistas y monocausales, que dan por descontada una relación constante entre factores sociales y culturales con el psicoanálisis, mientras suponen a éste como una entidad homogénea e

⁷ Médico nacido en Tucumán en 1870 y muerto en 1955, pocos días antes del golpe contra Perón. Aráoz Alfaro había realizado importantes aportes en la profilaxis del paludismo y la tuberculosis, especialmente en niños, habiendo llevado a cabo la primera prueba tuberculínica en el país.

invariante. *El Lanús* ofrece la posibilidad de ver al campo psicoanalítico como un conjunto de prácticas disímiles que se legitiman en la paternidad genealógica de Sigmund Freud (Plotkin, 2003), y como una serie de recursos prácticos e interpretativos para establecer y justificar identidades y diferencias profesionales e intelectuales.

Ahora bien, estos recursos toman prácticas y perspectivas psiquiátricas y psicoanalíticas como objeto, pero el medio intelectual a través del cual son organizadas es lo político, y *el Lanús* es, justamente, ese modelo que permite pensar las relaciones entre dominios diferentes, al tiempo que dirimir posiciones y legitimidades. Parafraseando una célebre expresión de Claude Lévi-Strauss (1964), *el Lanús* se ha convertido en algo “bueno para pensar”. ¿Pensar qué? La Argentina, ni más ni menos. Quienes acuden al *Lanús* como modelo, ponen en funcionamiento un dispositivo que permite reflexionar simultáneamente sobre los desarrollos y transformaciones diversos de la psiquiatría, el psicoanálisis y la psicología en la Argentina, sobre la salud pública, sobre el mundo intelectual y sobre la política, *merced a que ofrece medios intelectuales para conectar o transitar los diferentes dominios*. Por esta razón, *el Lanús* no es simplemente el reflejo de las relaciones de los campos profesionales e intelectuales con la política, *sino el artefacto intelectual que hace posible pensar dichas relaciones*.⁸

Decía al comienzo que, *tarde o temprano, el grupo estudiado se transformará en una audiencia o público de lectores*, que considerará al *Lanús* como acertado o errado de acuerdo a sus propios estándares de apreciación, basados en el modelo paradigmático del *Lanús*. Sin embargo, lejos está mi deseo de conservar una posición cognoscitiva privilegiada, al hacer del *Lanús* un pre-texto para investigar otros problemas disciplinarios. En todo caso, la investigación sobre *el Lanús* proseguirá, en la medida que haya interesados en hablar del *Lanús* —el modelo “bueno para pensar” y/o el libro—, pues los diálogos y las discusiones recrean los contextos de investigación del *Lanús*, y la misma imperiosa necesidad de escuchar todas las voces, sean aprobatorias o críticas.

⁸ De esta manera, lo que he querido, finalmente, es poner en discusión las interpretaciones acostumbradas que hacen del dominio de lo político en la Argentina la infraestructura explicativa privilegiada, que exigen antes que demuestran los vínculos entre lo político y lo intelectual. Estas lecturas son también *sociales*, y están sometidas al mismo imperio de las determinaciones histórico-contextuales.

BIBLIOGRAFIA

- BALAN, J. (1991) *Cuéntame tu vida. Una biografía colectiva del psicoanálisis argentino*. Buenos Aires: Planeta.
- BARENBLIT, V. & KORMAN, V. (1992) "Memoria". En: *35 años. Primeras Jornadas-encuentro del servicio de Psicopatología del Policlínico de Lanús*. Buenos Aires, pp. 9-16.
- GOLDENBERG, M.; BARENBLIT, V.; FERNÁNDEZ MOUJAN, O.; GALLI, V. A.; KESSELMAN, H.; MULLER, A.; PERÉZ, A.; RICON, L. G.; SLUZKI, C. E. Y STEIN, G. (1966) "La Psiquiatría en el Hospital General. Historia y estructura del Servicio de Psicopatología y Neurología del Policlínico Dr. Gregorio Aráoz Alfaro". *La Semana Médica* (4015): 80-102.
- GALENDE, E. (1994) *Psicoanálisis y salud mental. Para una crítica de la razón psiquiátrica*. Buenos Aires, Paidós.
- HORNSTEIN, L. (1983) *Introducción al psicoanálisis*. Buenos Aires: Editorial Trieb.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1964) *El pensamiento salvaje*. México: Fondo de Cultura Económica.
- PEIRANO, M. G. S. (1995) *A favor da etnografia*. Rio de Janeiro: Relume Dumará.
- PLOTKIN, M. B. (2003) *Freud en las Pampas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- ROBBEN, A. C.G.M. (1999) "The Fear of Indifference: Combatants'Anxieties about the Political Identity of Civilians during Argentina's Dirty War". In: Koonings, Kees & Dirk Kruut, eds. *Societies of Fear: The Legacy of Civil War, Violence and Terror in Latin America*. London: Zed Books, pp. 125-140.
- Sahlins, M. (1988) *Islas de historia. La muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*. Barcelona: Gedisa.
- TROUILLOT, M-R. (1995) *Silencing the Past. Power and Production of History*. Boston: Beacon Press.
- Vezzetti H. (1995) "Las ciencias sociales y el campo de la salud mental en la década del sesenta". *Punto de Vista* 54:29-33.
- VISACOVSKY, S. E. (2001) *El Lanús. Memoria y política en la construcción de una tradición psiquiátrica y psicoanalítica argentina*. Buenos Aires: Alianza.

Sergio Visacovsky
Departamento e Instituto de Ciencias Antropológicas
Universidad de Buenos Aires
Puán 480, 4º piso
C1406CQJ, Capital Federal
Argentina